

Por **LEOPOLDO AVILA**

# LOS AÑOS DUROS

**A**L inicio, el autor ha colocado dos versos de Guillén que nos preparan para entrar con paso firme en "Los Años Duros": "Los hombres, cuando son hombres/ tienen que llevar cuchillo..." En efecto, en la docena de cuentos reunidos en este libro, los personajes se mueven con certidumbre, en defensa de sus convicciones y de sí mismos. De esa actitud, brutal en ocasiones, nace una de las cualidades más constantes del libro: la eficacia poética lograda con naturalidad, aparentemente por accidente, que sostiene, justifica y hermosea la necesaria violencia vertida en cada página.

En los tres primeros cuentos del libro —"El Encuentro", "El Cojo" y "El Capitán"— esa poesía, que no resulta de las palabras, sino de las situaciones, se manifiesta tanto en el recuerdo del profesor

que libró al Rolo de la Policía como en el ajusticiamiento del que fue capaz de delatar al Chino. Estos tres cuentos, además, logran una admirable recreación de las luchas estudiantiles contra la tiranía batistiana, y trazan los caracteres juveniles que en aquel escenario se movieron, dotándolos más que de verosimilitud, de humanidad viviente, verdadera.

Tal vez los relatos más logrados —a pesar de que el libro mantiene una calidad apreciable en todos sus cuentos— sean: "No hay Dios que resista esto" y "Diosito". En ambos se recogen situaciones inmediatamente posteriores al triunfo revolucionario, desarrolladas, una en el trabajo voluntario en la zafra y la otra, en una unidad de tiempo de guerra. Ambos están impregnados de la realidad revolucionaria, de sus problemas y de su entusiasmo. La violencia

—siempre presente— resurge en los tres últimos cuentos del libro, referidos a la lucha contra los bandidos (que dieron origen a la obra teatral "Unos hombres y otros") con la misma fuerza que en los tres primeros.

Los conflictos se resuelven en cada caso, atendiendo a una línea de desarrollo vital que desprecia fórmulas preestablecidas y sabe encontrar en cada cuento su camino, hacia un final lógico, coherente, sorprendente y revolucionario.

Jesús Díaz dota a sus personajes de vida a través de la acción y a través, sobre todo, del lenguaje. Es el idioma tal como se habla en nuestras ciudades, es decir, más que el cubano, el habanero. Es el lenguaje hablado, con sus resortes misteriosos que convierten una misma palabra en una ofensa o en un saludo afectuoso, según la entonación. Si por momentos —sobre todo en los cuentos iniciales— la dureza de ese lenguaje es exagerada, en los restantes cuentos, en virtud de una más sabia economía, esa propia condición adquiere verdadera efectividad.

Se trata del más impresionante y cubano de los libros de nuestros nuevos narradores. La colección "Huracán" al reeditarla, realiza una empresa necesaria y útil al dar oportunidad, a través de una tirada masiva, para el más amplio conocimiento de esta obra.

Lo que no parece tan justo es la valoración del libro que se hace en la contraportada. Refiriéndose a Jesús Díaz dice: "Con palabras crea un mundo posible y verosímil habitado por seres de tres dimensiones;

al no tener miedo a la verdad, puede plantear y resolver los conflictos de sus criaturas de un modo que no es frecuente en los escritores que viven en los países socialistas". En lo que se refiere al autor, estamos de acuerdo. No así con la frase final, que hemos subrayado. Nos parece una afirmación simplista, en su tratamiento de algo tan complejo y diverso como la literatura de los países socialistas, a la que atribuye de hecho, como característica general la de tener miedo a la verdad. Ese reproche es parcial e injusto. Quienes sí están sujetos a esos miedos y cuando se liberan de ellos es al costo del exilio, la clandestinidad, las persecuciones, o aun la cárcel o la muerte, son los escritores que viven en los países capitalistas. Sólo por excepción no se paga a ese precio decir la verdad en un país capitalista, y en estos casos siempre cabe la sospecha que esa verdad, que el capitalismo admite como inofensiva, no lo es tanto. Contra esos miedos verdaderos luchan los mejores escritores que viven en los países capitalistas.

En Cuba —un país socialista— los escritores no temen la verdad ni tienen motivos para temerla. El socialismo se hace con la verdad, en defensa de ella. He aquí, por ejemplo, que "Los Años Duros", un libro al que el autor de la nota juzga certamente de veraz, ha sido editado y reeditado por el Gobierno Revolucionario, con el deseo de asegurar su más amplia difusión. La posición revolucionaria en la literatura no es simplemente tolerar la verdad, es apoyarla y difundirla, sobre todo cuando está artísticamente lograda como en esta obra. Ese es un deber tan ineludible como el de combatir la mentira.